

LUIS BONAFoux

La silueta de Bonafoux no cabe en las veinte líneas de una noticia bibliográfica; su fisionomía nerviosa, su gesto complicado y su cerebro inquietante, necesitarían un marco muy ancho; y el que quisiese hacer su retrato tendría que desdoblarse el *homo duplex* de su temperamento y pintarle, como á Jano, dos caras: la primera, que vería de frente al vulgo, para representar al escritor gracioso de los tiquis-miquis y de las sátiras, y de la segunda, cuyos ojos sólo mirarían á las almas escogidas, para representar al artista apasionado que escribió la leyenda de *Pitusa* y la historia de *Los dos Polos*.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CONTRASTES

— ...¿Qué quiere usted? — me dijo la buena señora Weber — cada cual ve á su modo las cosas, porque no sólo se ve con los ojos del cuerpo. Hay quien se fija preferentemente en la sombra que vaga en un cuadro lleno de luz, y hay también quien ve sólo el rayo de luz que aparece á intervalos en un horizonte negro... ¡Vaya usted á saber! Misterios de óptica... Yo soy costurera, trabajo todo el día y buena parte de la noche, tengo por toda diversión la vista de los escaparates, guardo al igual de la hormiga, y paso el verano recordando las heladas de enero y el invierno pensando en los calores de agosto... Sin embargo yo era feliz, porque las tristezas y perrerías de la vida las veía por los ojos de mi María, que son claros y alegres, y aunque no tenía aún tres años, me llenaba el alma como si fuera una persona mayor. Si, yo era feliz, muy feliz, créalo usted, señor — y dicho esto se echó á llorar francamente como si estuviera sola en el rincón de su buhardilla.

31349

— Pero, ¿cómo pudo consumarse semejante infamia?

— Yo misma no lo sé. Ya usted ve que la calle de Chartres, donde vivo con mi hijita, es estrecha. Es también un horno en este tiempo. No por mí, que estoy hecha á sufrir, sino por el pobre angelito, nos sentábamos todas las tardes en un banco del boulevard de la Chapelle, cerca de casa. Yo repasaba la ropa, mientras María, respirando á sus anchas, se entretenía en hacer montoncitos de arena, único juguete de las niñas pobres.

Llegó ayer ese hombre, se sentó en un banco al lado del que yo ocupaba, llamó á María; la hizo caricias... Señor, ¡yo le miré con ojos de madre agradecida y orgullosa! Seguí repasando mi ropa, con la vista fija en la labor, y de repente me dió un vuelco el corazón; María no estaba allí; el hombre tampoco. Corro, pregunto, lloro... ¡usted sabe que las lágrimas de una madre ablandan las piedras!... Unos transeúntes me dicen: « Por aquí pasó en brazos de un hombre; iba gritando: ¡Mamá!... ¡Mamá!... » — Y el hombre, ¿qué dijo? « Que era el padre de la criatura y la llevaba á casa de la madre. » ¡Dios mío, qué pena! Sigo recorriendo de arriba á abajo todo el barrio ¡ni una señal, ni un dato!...

* * *

Se llamaba ó le llamaban Dubois. No sé si de nacimiento, ó porque le hubieran encorvado los

pesares y los años, era muy pequeño de estatura. La barba blanca; el andar atáxico; en la mano izquierda una muleta y en la derecha un garfio.

Todavía se mantiene caliente y de pie en mi retina. Todavía veo sus zapatillos de orillo, su pantalón borroso, su gabán raído, pero limpio. Luego, una chistera pequeña, como de amazona; entre la cinta y el pelo del sombrero una porción de plumas, de variados colores, que recogía en su tardo paso de Cristo rendido por la cruz del trabajo, y sobre la espalda, como un *inri*, la espuerta de su vida, el cesto dentro del cual sacudía papeles y andrajos, que pescaba al azar, con el garfio de la miseria.

¡Dubois!... Alguna vez le dí diez céntimos y le envié una mirada de amigo. Parecíame, en pleno boulevard, un feto coronado irónicamente de plumas, con un cuévano á cuestas.

Le miraban pocos; le sentían menos. ¿Qué importaba? Salía á las diez de la noche y cruzaba como una sombra las calles principales. En los altos espejos de los almacenes reflejábase á veces, herida por la luz eléctrica, su silueta deforme, algo de extravagante y grotesco, mientras las plumas de su chistera se extendían á lo largo de las paredes, subiendo y bajando á compás del andar del viejo que se arrastraba penosamente. Á veces también detenía el paso y dirigía á los manjares y bebidas de las mesas, una mirada de asombro triste.

Con indiferencia inaudita, con abandono característico en todos los mendigos de raza, cruzaba

anoche, cuando desfilaba su ruidoso torbellino una multitud de carruajes lujosos, brillantes, el espacio que separa la rue des Mathurins de la rue de Caumartin, vértigo de ruedas, laberinto de bestias, espacio que había de ser en su largo martirio el que separa la vida de la muerte... le atropelló una señora que debía tener mucha prisa, según la que llevaban sus caballos. Iria quizás al teatro; de todos modos no era cosa de perder un instante.

Apenas lo percibió el cochero. Aquello que caía en el arroyo, entre las patas de una caballería y las ruedas de un carruaje, más parecía fardo que hombre, un paquete con plumas de gallo.

¡Pobre Dubois! Después de todo, no iba á hacer nada malo; iba á pasar.

* * *

Sentado en un rincón del *Grand Café*, entre la rue Scribe y el boulevard de Capucines, yo recordaba, á las nueve de la noche, el gran festín á que se había entregado una hora antes la Mesalina moderna. Aun se alcanzaba á ver, por entre las ramas de los árboles, que ocultaban, á manera de hiedra, el frontispicio de los *bouillons parisiens*, el ir y venir incesante de los blancos delantales de las camareras, cargadas como bestias con los desperdicios de suculentes cenas. Á lo largo del boulevard, en todos los hoteles y restaurants, así como

también en las últimas tabernas, el mismo banquete en honor del *Grand Prix* y corriendo por todas las calles, salida de sótanos y portales, la misma bocanada de aire impregnado de fuertes olores á comida caliente...

Sentí un malestar grande, como si yo también ejerciera de boa. Figurábame que me había crecido un poco la barriga, y que yo era ya uno de los muchos panzudos de la villa. Salí en busca de aire que no oliera á salsas de pomada; atravesé la plaza de la Concordia; llegué al puente sobre el Sena... La tumba de Napoleón se destacaba, como un girón de oro, en la negrura del espacio, y no sé por qué me pareció que la enorme rotonda, con su larga aguja, era un gigantesco casco de acerada punta, como casco de hulano, que se desprendía lentamente del cielo para tapar la oreja parisiense... Un vozarrón me gritó al oído: ¡*Attention!*... y pasó rozándome un enorme carro de comidas.

Buena cosa es el progreso; pero, no puedo remediarlo: esa locomotora que recibe vitores de la prensa porque fué de Jaffá á Jerusalem, y atruena y apisona recónditos parajes, como el Gólgota, cuya silenciosa tristeza no se había enturbiado á través de tantos siglos... esa locomotora victoriosa, me da á mi mucha pena. Porque ya no le queda nada á la poesía: ¡ni el huerto de las Olivas!

Y si el progreso material no respeta la tierra santa, el progreso intelectual no respeta la tierra de los sepulcros. Al pie de la sepultura de una niña, gritó ayer un racionalista que, con otros muchos,

enterraba civilmente á la muerta : — ¡ Viva la revolución social !

— ¡ Viva Dios ! — respondió un sacerdote que llegaba al mismo tiempo acompañando el entierro de otra niña. Hubo gritos, silbidos, protestas, gran escándalo entre los grupos de ambos partidos.

Las niñas muertas no podían, afortunadamente, enterarse de la gresca religiosa. Vestidas de blanco, pálidas, con los ojos bajos — como si las avergonzara el espectáculo de la lucha — esperaban en el fondo de la zanja las paletadas de cal. Debajo de una misma tierra, casi juntas, á pesar de la oposición de los hombres, meterán á un tiempo y con igual ternura el talle de la azucena, que cortará por abril, como símbolo de paz, el amoroso traqueteo de la Primavera.

* * *

De regreso, pensando en aquel dolor, salta á mi vista el severo y elegante templo de la Magdalena, que está de gala por ser domingo, decorado con lujo verdaderamente *mundano*, entre anchas franjas granate y verdes hojas de arbustos y plantas que amarillean á la luz del sol. Por la espaciosa escalinata, que tiene aspecto de entrada á un gran teatro, descenden un centenar de niñas que han hecho la primera comunión, vestidas primorosamente con trajes blancos, sobre cuyas espaldas brillan hermosas caballeras, cuáles negras, cuáles otras rubias,

recogidas con estudiado desgaire por imperdibles que tienen color de azabache, ó color de oro, según es el del pelo que atraviesan ligeramente. Multitud de padres y madres, muy circunspectos, forman el séquito de las bonitas muchachas. Arriba en el frontispicio del templo, las tres palabras consabidas (*Libertad, Igualdad, Fraternidad*), canto lírico de imaginación calenturienta, y abajo, esperando limosna para el hambriento, turbas de pordioseros que miran con faz torva la procesión de las humanas pompas...

¿ Qué hacer ?... Filosofar sobre hechos irremediables es insigne necedad. Es mejor emprender un viaje para celebrar el domingo. Bajaré la escalinata de la plaza de la Concordia, tomaré por algunos céntimos un pasaje en uno de los vapores que cruzan el Sena, y pasaré un par de horas á bordo, en el río, haciéndome la ilusión de que la tierra huye...

Aunque no ; no me gusta este río, verdoso, obscuro, sin musgos ni hierba, cuya medrosa y callada corriente tiene de noche las sombrías fosforescencias de un alma réproba. ¡ Se ha disuelto en sus ondas mucha sangre inocente y se ha sepultado en su fondo mucho infortunio inmerecido !... Me gustan los ríos claros, como el agua, y expresivos en sus murmullos al igual de chiquillos de escuela. La musa de Hugo no consiguió sanear el Sena. Trabajaron en la misma labor muchos escritores, Dumas entre otros, y muchos higienistas. Y el Sena continúa envenenado y venoso, turbio, casi negro,

arrastrando cautelosamente su panza de sapo. No, no me gusta este río. Pesadilla de París, no se le vadea ya con placer, ni se le mira con cariño. Ha renovado el suplicio de Tántalo. Su agua mata. Sus orillas espantan...

LA VEJEZ DE UN JOVEN

POR

EMILIO BOBADILLA